

La comida, la hospitalidad y la Lectura Pública de la Biblia

Charles Kim

The Grace and Mercy Foundation



Lectura
Pública
de la Biblia

La comida, la hospitalidad y la Lectura Pública de la Biblia

Charles Kim

*Director Global de Investigación, Capacitación
y Relaciones Estratégicas de LPB/JSU*
The Grace and Mercy Foundation

Septiembre 2026

Versión 1.0

© The Grace and Mercy Foundation



Audio de la
Biblia Gratis



Audiolibro

Contenido

Introducción	7
Las reuniones de LPB como mesas del Reino	11
El significado espiritual de comer y compartir banquetes en los relatos del Antiguo Testamento	17
El significado espiritual de comer y compartir banquetes en los relatos del Nuevo Testamento	31
El Reino de Dios y los banquetes	41

Introducción

Compartir una comida juntos tiene una cualidad sagrada. Los extraños se convierten en amigos, los muros se derriban y las conversaciones fluyen alrededor de la mesa. Desde el principio mismo de las Escrituras hasta el final, Dios usa las comidas para marcar Su presencia, cumplir Sus promesas y unir a Su pueblo.

Las comidas compartidas, cuando se combinan con la Lectura Pública de la Biblia, van mucho más allá de simplemente comer juntos. Ayudan a edificar y mantener unida a la comunidad de Dios. No se trata solo de poner comida en la mesa, sino de ofrecer hospitalidad y cuidado genuinos. Cuando se practica intencionalmente, compartir comidas nutre las relaciones y fortalece

los vínculos. También es una excelente manera de recibir a los recién llegados y ayudarlos a integrarse de forma natural.

Eugene Peterson, en su libro «*Christ Plays in Ten Thousand Places*» (Cristo actúa en diez mil lugares), ofrece ideas sobre las comidas y la hospitalidad. Él escribe:

La hospitalidad y el servicio de comidas son tareas complejas que requieren atención al detalle e involucran a personas que, en su mayoría, tienen nombre y apellido. El dar y recibir de manera personal es parte integral de todo lo que ocurre. En la hospitalidad no existen los conceptos abstractos: aquí trabajamos con personas de carne y hueso, hay que tender camas, pelar verduras, limpiar el maíz y preparar café. Es a partir de estos detalles tan concretos y cotidianos que nacen las verdaderas conexiones y el verdadero sentido del servicio.¹

El punto de Peterson es simple y desafiante. El valor de compartir comidas mediante la hospitalidad es una práctica concreta que contribuye a formar una verdadera comunidad. Por eso las reuniones

de Lectura Pública de la Biblia (LPB) deben dejar espacio para tiempos de comida compartida, o al menos para café y bocadillos. La comida abre la puerta a la conversación informal y la conversación abre la puerta a amistades más profundas. Aquí es donde quienes tienen el don de la hospitalidad pueden brillar, creando espacios donde las personas se sienten vistas y valoradas.

Las reuniones de LPB como mesas del Reino

Para quienes creen, cada comida es una señal del futuro banquete celestial. La adoración cristiana incluye comidas especiales como la Cena del Señor, que nos recuerdan la muerte, resurrección y regreso de Cristo. Brindan a los creyentes el alimento que les da esperanza y permite que la misericordia de Dios los sane y fortalezca.

La mesa de Jesús es así porque recibe a amigos, extraños y personas necesitadas, y se come con gratitud. «*Prueben y vean que el SEÑOR es bueno*» (*Salmo 34:8*)², no es solo una invitación personal; es un llamado comunitario a practicar la hospitalidad del Reino.

Los Salmos describen el cuidado de Dios como un banquete rico y gozoso:

¡Cuán precioso, oh Dios, es tu gran amor!
Todo ser humano halla refugio a la sombra
de tus alas. **Se sacian de la abundancia de
tu casa; les das a beber en el río de tus
delicias.** (Salmo 36:7-8, énfasis añadido)

El Señor **te sacia con los mejores alimentos**
para que renueves tus fuerzas, como el
águila. (Salmo 103:5, RVC, énfasis añadido)

Vagaban perdidos por parajes desiertos...
Hambrientos y sedientos... En su angustia
clamaron al SEÑOR, y él los libró de
sus aflicciones... ¡Que den gracias al
SEÑOR por su gran amor!... **Él apaga
la sed del sediento y sacia con lo mejor
al hambriento.** (Salmo 107:4-9, énfasis
añadido)

Estos pasajes presentan la escena de la
hospitalidad del pacto en la Mesa del Reino, una
abundancia donde la presencia de Dios satisface
nuestro anhelo y renueva a Su pueblo. El salmista
muestra repetidamente un patrón: el pueblo

clama, Dios libra y la comunidad da gracias.
La Mesa del Reino se convierte en el lugar de
encuentro para este testimonio y renovación.

Las reuniones de LPB son exitosas cuando la
hospitalidad es intencional y sincera. Compartir
una comida no es una obligación, sino un privilegio
que fortalece las relaciones y construye confianza.
Refleja la vida de la iglesia primitiva. «Apacienta
mis ovejas», le dijo Jesús a Pedro (*Juan 21:17*).
Estas palabras siguen siendo un llamado a la
acción. Nos recuerdan que el alimento espiritual
y físico están interconectados.

Un patrón bíblico de la mesa

La Biblia revela que comer es mucho más que una
necesidad biológica. Está vinculado a la memoria
y a las relaciones, e incluso puede ser un encuentro
con lo divino. La Biblia retrata la mesa como un
lugar de gracia, comunidad y la presencia de
Dios. Encontramos ejemplos en las Escrituras que
van desde los banquetes antiguos del pacto hasta
la transformación que Jesús hace de las comidas,
tanto con amigos como con pecadores.

Los puntos de inflexión en la historia bíblica ocurren a menudo alrededor de las mesas. En el Antiguo Testamento, la identidad de Israel se formaba en diversas fiestas, los pactos se sellaban con pan y vino, y una comida con una dieta específica servía como forma de vivir una vida santa. Además, comer tenía que ver con la manera en que Dios mostraba Su provisión y buena voluntad hacia Su pueblo en el desierto. Luego, en el Nuevo Testamento, Jesús se declaró a sí mismo como el Pan de Vida y explicó el significado de la Última Cena. Desde la Creación hasta el regreso de Cristo, las Escrituras muestran el desarrollo del significado de las comidas y del plan de Dios para la redención.

Estos son algunos ejemplos relacionados con la comida a lo largo de las Escrituras:

- El fruto prohibido en el Edén (Génesis 2:16-17; 3:1-7)
- El sellamiento del pacto (Génesis 26; 31)
- El maná en el desierto (Éxodo 16)

- Las comidas del pacto en el culto de Israel (Éxodo 24)
- Los hábitos alimenticios de Israel (Levítico 11; Deuteronomio 14)
- La práctica radical de Jesús de compartir la mesa (Marcos 2:13-17; Lucas 19:1-10)
- Jesús como el Pan de Vida (Juan 6:35)
- El Reino de Dios y el banquete (Lucas 14:15-24)
- La Última Cena (Lucas 22:19-20)
- La visión profética (Isaías 25:6-9; Lucas 13:29)
- Las comidas de la resurrección (Lucas 24:42-43; Juan 21:1-19)
- La cena de las bodas del Cordero (Apocalipsis 19:6-9)

Estos episodios relacionados con la comida ocurren en muchos lugares y están estrechamente vinculados al plan de Dios. Esta perspectiva nos anima a ver las comidas no solo como rutinas funcionales, sino como oportunidades de conexión y comunidad del Reino.

La siguiente sección repasará reflexiones bíblicas sobre la importancia de las comidas como parte del establecimiento del pacto y la edificación de la comunidad de Dios.

El significado espiritual de comer y compartir banquetes en los relatos del Antiguo Testamento

Sellando el pacto

En el contexto del Cercano Oriente antiguo, compartir una comida no era simple compañerismo casual; era un acto serio con significado legal y espiritual. El banquete podía sellar acuerdos y traer paz entre grupos. En Génesis 26:28-31 vemos un ejemplo bíblico de una comida usada para sellar un pacto:

Nos hemos dado cuenta de que el Señor está contigo –respondieron–. Por eso, queremos proponerte que hagamos entre nosotros un trato bajo juramento. Ese pacto será el siguiente: Tú no nos harás ningún daño, ya que nosotros no te hemos

perjudicado, sino que te hemos tratado bien y te hemos dejado ir en paz. ¡Ahora el bendecido del Señor eres tú!

Isaac les preparó un banquete y comieron y bebieron. A la mañana siguiente se levantaron muy temprano e hicieron un compromiso mutuo. Luego Isaac los despidió y ellos se fueron en paz.
(Génesis 26:28-31)

El rey Abimelec fue a ver a Isaac en Berseba después de un tiempo de conflicto por la tierra, para pedir la paz. Abimelec le ofreció a Isaac un pacto de no agresión porque sabía que Dios estaba con él. Isaac preparó un banquete y todos comieron y bebieron juntos. En el Cercano Oriente antiguo, esta era una manera de confirmar un pacto. A la mañana siguiente hicieron oficial el juramento y se despidieron en paz. Esta escena muestra cómo el comer juntos ayudó a las personas a reconciliarse. Fue un momento para transformar la disputa en confianza y mostrar un patrón que se repite a lo largo de la Biblia.

En Génesis 31 vemos otro ejemplo claro de una ceremonia de pacto sellada con una comida compartida por Jacob y su suegro, Labán:

Además, Labán le dijo a Jacob: «Mira este montón de piedras y esta señal, que he levantado entre nosotros dos. Que este montón de piedras y esta señal nos sirvan de testigos, de que ni tú ni yo pasaremos más allá de este montón de piedras, ni de esta señal, para hacernos daño. Que el Dios de Abrahán y el Dios de Najor, el Dios de sus padres, juzgue entre nosotros». Y Jacob juró por aquel que era el temor de Isaac, su padre. Luego Jacob ofreció sacrificios en el monte, y llamó a sus hermanos a comer pan. Después de comer, pasaron la noche en el monte.
(Génesis 31:51-54, RVC)

Jacob y su suegro, Labán, pusieron fin a años de desconfianza. Después de confrontar a Jacob en Galaad, Labán propone levantar un montón de piedras como una señal tangible de su acuerdo.

Lo llaman Galaad («piedra del testimonio», Génesis 31:48) y Mizpa «atalaya», Génesis 31:49), reconociendo ambos a Dios como juez entre ellos. Jacob ofrece un sacrificio e invita a sus parientes a comer pan, y comparten juntos una comida en la región montañosa. Esta comida, tras el juramento del pacto, sirvió como ceremonia para convertir el conflicto pasado en paz duradera.

En ambas historias comer juntos fue un acto sagrado que reunió nuevamente a las personas y les recordó sus promesas mutuas. Estos episodios muestran un patrón más amplio en la Biblia: las comidas suelen simbolizar paz, confianza y la presencia de Dios en las relaciones humanas.

Recibiendo la Ley y comiendo juntos

Una de las comidas de pacto más dramáticas de las Escrituras ocurrió en el monte Sinaí. Después de que Dios diera la Ley por medio de Moisés e Israel afirmara el pacto, Moisés, Aarón, Nadab, Abiú y setenta ancianos subieron al monte. Éxodo 24 nos dice que vieron a Dios, y comieron y bebieron:

Después tomó el libro del pacto y lo leyó ante el pueblo. Ellos respondieron:

–Haremos todo lo que el SEÑOR ha dicho y le obedeceremos.

Moisés tomó la sangre, roció al pueblo con ella y dijo: –Esta es la sangre del pacto que, de acuerdo con estas palabras, el SEÑOR ha hecho con ustedes.

Moisés y Aarón, Nadab y Abiú, más los setenta jefes de Israel subieron y vieron al Dios de Israel. Bajo sus pies había una especie de pavimento de zafiro, tan claro como el cielo mismo. Y a pesar de que estos jefes de los israelitas **contemplaron a Dios, él no les hizo daño. Así que comieron y bebieron juntos.** (Éxodo 24:7-11, énfasis añadido)

Fue uno de los momentos más asombrosos del Antiguo Testamento: Dios no solo dio leyes, sino que también invitó a Su pueblo a una relación. El pueblo recibió la ley y respondió con consentimiento para ser obediente; luego Moisés roció al pueblo con la sangre del pacto, sellando

formalmente el acuerdo. Después, comieron y bebieron en la presencia de Dios. Esta comida no fue accidental. Selló el pacto. En este momento litúrgico, Dios compartió una mesa con Su pueblo.

Peter Enns, en su comentario sobre Éxodo, explica cómo este evento prefigura la Cena del Señor como parte de la celebración del pacto, resaltando los temas de la sangre que cubre los pecados del pueblo y del compartir una comida.³

El sábado en la mesa: la Pascua, el maná y el don del descanso

Acuérdate del día sábado para santificarlo. Trabaja seis días y haz en ellos todo lo que tengas que hacer, pero el día séptimo será un día de reposo para honrar al SEÑOR tu Dios. No hagas en ese día ningún trabajo, ni tampoco tu hijo, ni tu hija, ni tu esclavo, ni tu esclava, ni tus animales, ni tampoco los extranjeros que vivan en tus ciudades. Porque en seis días hizo el SEÑOR los cielos y la tierra, el mar y todo lo que hay en

ellos, y descansó el séptimo día. Por eso el SEÑOR bendijo y consagró el día de reposo. (Éxodo 20:8-11)

Israel recibió la Ley en el monte Sinaí. El cuarto mandamiento les dice que guarden el sábado como santo, deteniendo el trabajo ordinario (Éxodo 20:8-11; ver también Deuteronomio 5:12-15). Eso plantea una pregunta práctica: si nadie trabaja, ¿qué comen?

Las Escrituras dieron dos respuestas. Primero, durante los días de fiesta había una excepción limitada: se permitía la preparación básica de alimentos para que el pueblo pudiera comer.

Celebrarán una asamblea sagrada el día primero y otra el día séptimo. En todo ese tiempo no harán ningún trabajo, excepto preparar los alimentos que cada uno haya de comer. Solo eso podrán hacer. (Éxodo 12:16)

Segundo, Dios proveyó pan del cielo cada mañana y prohibió acumularlo. Pero el sexto día

dio una porción doble. La porción adicional no se echaba a perder y el séptimo día no había nada que recoger. Así que el pueblo se quedó en casa y descansó.

Tomen en cuenta que yo, el SEÑOR, les he dado el sábado. Por eso en el día sexto les doy pan para dos días. El día séptimo nadie debe salir. **Todos deben quedarse donde estén.** Fue así como los israelitas descansaron el día séptimo.
(Éxodo 16:29-30, énfasis añadido)

El descanso fue un regalo que Dios respaldó proveyendo de antemano.

Para ayudar a las generaciones futuras a recordar esta lección, Moisés ordenó que se guardara una porción de maná en una vasija «delante del testimonio». Aarón lo colocó allí tal como el SEÑOR lo había ordenado. Israel comió maná durante cuarenta años hasta que llegaron a una tierra donde pudieron establecerse. La vasija conservada les enseñó que vivían de lo que

Dios les daba, no de lo que ellos mismos podían producir.

Cada año la Pascua transmite la misma verdad a través de una comida. Las familias comían cordero con pan sin levadura y hierbas amargas bajo la protección de Dios. La semana siguiente comenzaba la Fiesta de los Panes sin Levadura, que iniciaba y terminaba con una «asamblea sagrada» en la que no se realizaba trabajo ordinario. La comida misma enseña: el pan sin levadura es «el pan de la aflicción», que se come para recordar el día de la liberación de Egipto.

No comerás la Pascua con pan leudado, sino que durante siete días comerás pan sin levadura, pan de aflicción, pues de Egipto saliste de prisa. Lo harás así para que toda tu vida te acuerdes del día en que saliste de Egipto. (Deuteronomio 16:3)

Las familias practican su identidad y reciben a los nuevos miembros del pacto en esta mesa. Tanto el maná como la Pascua revelan cómo funciona el

Sabbat en la mesa: Dios provee de antemano, Su pueblo detiene toda actividad para reunirse y la comunidad consume lo que Él ya ha provisto. No se trata solo de detener el trabajo, sino también de recibir los dones de Dios con gratitud. Semana tras semana, se aprende que la vida es dada, no ganada.

Comer como adoración

Continuando en el Antiguo Testamento, comer era central en el culto de Israel. La ofrenda de comunión (Levítico 3:1), u ofrenda de paz (Levítico 7:11-18), se destaca como un gran ejemplo. Estos sacrificios se compartían. Una parte se quemaba en el altar para el Señor, otra se entregaba a los sacerdotes y otra la comía el adorador junto con su familia en el santuario de Dios. Esto no era solo un gesto simbólico: era una comida literal con Dios. El profeta Malaquías incluso llama al altar «la mesa del SEÑOR» (Malaquías 1:12), lo cual alude a la naturaleza relacional de la adoración.

Pero ustedes lo profanan cuando dicen que la mesa del Señor está contaminada y que su alimento es despreciable.
(Malaquías 1:12)

El ritmo del año de Israel estaba marcado por comidas comunitarias en la presencia del Señor en diversas fiestas. Por ejemplo, las comidas de la Pascua con cordero, pan sin levadura y hierbas amargas, recordaban cómo Dios salvó a los israelitas de Egipto. Era una comida de pacto que volvía a contar la historia de la redención y vinculaba a cada persona con lo que Dios había hecho para salvarlos.

La Fiesta de las Semanas (Shavuot) celebraba la cosecha y daba gracias a Dios como proveedor de todo sustento. La Fiesta de las Enramadas (Sukot) era una celebración de la hospitalidad que honraba el viaje por el desierto y que duraba una semana. Recibía no solo a parientes y sirvientes, sino también a los extranjeros.

Estas comidas eran santas porque eran realizadas «delante del Señor» al ritmo que Él elegía

(Levítico 3:1), convirtiendo el alimento en comunión y el sustento en sacramento.

Si alguien ofrece ganado vacuno al Señor como sacrificio de comunión, deberá presentarle un animal sin defecto, sea macho o hembra. (Levítico 3:1)

Una forma particular de comer como distinción e identidad de una nueva nación

Las instrucciones sobre los sacrificios y la comida van mucho más allá de las festividades estacionales. Como nación recién constituida, Israel recibió leyes alimentarias que influían en sus decisiones cotidianas. Las leyes acerca de qué comer y qué evitar constituían actos de obediencia dentro de una relación de pacto con Dios.

Las leyes dietéticas de Levítico 11 y Deuteronomio 14 no eran códigos de salud, sino recordatorios constantes del llamado de Dios: «Manténganse santos, porque yo soy santo» (Levítico 11:44). La distinción entre alimentos puros e impuros

marcaba a Israel como un pueblo apartado. Ciertas prohibiciones tenían un claro simbolismo: evitar la sangre y la manera de tratarla honraban el carácter sagrado de la vida, quitar la levadura durante la Pascua representaba la purificación del pecado; y otras prohibiciones implicaban el rechazo de las prácticas paganas de aquella época.

Estas leyes formaron un límite visible entre Israel y las naciones paganas. Un ejemplo es la negativa de Daniel a comer los alimentos del rey en Babilonia, un acto diario de lealtad al pacto. Y estas prácticas se mantuvieron a lo largo de generaciones, ya que estas leyes son distintivas en la formación de una identidad nacional como pueblo de Dios. Al pueblo se le ordena obedecer, y el hecho que Dios lo ordene es razón única y suficiente para obedecer.⁴

El significado espiritual de comer y compartir banquetes en los relatos del Nuevo Testamento

Los temas de la mesa en el Antiguo Testamento alcanzan su punto culminante en Jesús, en los relatos del Nuevo Testamento. Él se llama a sí mismo el Pan de Vida, alimenta a multitudes como señal de la abundancia de Dios y comparte la mesa con «los de afuera» para mostrar una gracia acogedora. Sus parábolas de banquetes retratan la invitación del Reino y la Última Cena reinterpreta la Pascua en torno a Su obra salvadora. Incluso el Cristo resucitado se da a conocer «al partir el pan», apuntando hacia la cena de las bodas del Cordero. Esta sección explora cómo las comidas del Nuevo Testamento revelan identidad, pacto, misión y esperanza.

Jesús y su alimento

Jesús respondió: –Escrito está: «No solo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios». (Mateo 4:4)

Te humilló y te hizo pasar hambre, pero luego te alimentó con maná, comida que ni tú ni tus antepasados habían conocido, con lo que te enseñó que no solo de pan vive el hombre, sino de todo lo que sale de la boca del SEÑOR. (Deuteronomio 8:3)

Mateo 4:4 proviene de la respuesta de Jesús cuando el diablo lo tentó a convertir piedras en pan. Jesús citó Deuteronomio 8:3, donde Moisés recuerda a Israel que Dios les permitió pasar hambre en el desierto y luego los alimentó con maná para enseñarles una lección: las personas no viven solo de comida, sino también de lo que Dios dice y da. Al citar este pasaje, Jesús muestra que no usará Su poder para sí mismo ni irá en contra de la voluntad del Padre, incluso estando famélico. Elige la dependencia sobre la autosuficiencia, algo

que Israel a menudo no logra hacer. El punto es claro y práctico: el pan importa, pero la palabra, las promesas y los mandamientos de Dios son lo que nos mantiene con vida.

Otra historia en el Evangelio de Juan muestra a Jesús enseñando sobre lo que Él considera Su alimento. Este pasaje continúa justo después de que Jesús termina la conversación con la mujer samaritana en el pozo. Mientras ella va a contarles a sus vecinos sobre Él, los discípulos regresan con comida:

Mientras tanto, sus discípulos le insistían:

–Rabí, come algo.

–Yo tengo un alimento que ustedes no conocen –respondió él.

«¿Le habrán traído algo de comer?», comentaban entre sí los discípulos.

–Mi alimento es hacer la voluntad del que me envió y terminar su obra –dijo Jesús–. (Juan 4:31-34)

En este punto, Jesús pasa del tema del hambre física al llamado espiritual. Jesús ha sido alimentado al hacer la voluntad de Dios, parte de la cual consiste, al menos, en revelarse a estos samaritanos y ofrecerles vida eterna. Esta conversación demuestra que la obra de Dios está por encima de cualquier indulgencia egoísta y que el verdadero contentamiento no se encuentra en el consumo, sino en hacer la voluntad de Dios.

Jesús en la mesa

En Juan 6:35 Jesús dice: «Yo soy el pan de vida... El que a mí viene nunca pasará hambre y el que en mí cree nunca más volverá a tener sed». Hace esta importante declaración «yo soy» poco después de alimentar a los cinco mil (Juan 6:1-15), un acto milagroso realizado con solo cinco panes y dos peces. Cuando la multitud lo sigue al día siguiente, esperando más comida, Jesús redirige su atención: «Trabajen, pero no por la comida que es perecedera, sino por la que permanece para vida eterna, la cual les dará el Hijo del hombre». (Juan 6:27a).

Jesús usa el hambre física de la multitud para mostrarles una verdad espiritual aún más profunda, que solo él puede satisfacer. Al llamarse a sí mismo el Pan de Vida en el versículo 35, se conecta con el maná dado a Israel en el desierto. Pero mientras que el maná era una forma de sustento inmediata, era solo temporal. Jesús da algo más: sustento eterno.

De esta manera, Jesús amplía el significado del alimento más allá de un simple acto físico de reponer fuerzas: comer se convierte en algo que involucra al espíritu y que apunta a relaciones que dan vida entre Su pueblo y Dios, donde Él siempre está presente.

Hospitalidad radical: Jesús comiendo con pecadores

Para el siglo primero, las comidas en la cultura judía habían adquirido una carga religiosa aún mayor. La tradición farisaica veía la mesa del hogar como una extensión del templo, con reglas estrictas sobre quién podía venir y quién no. Estar

en la mesa significaba ser aceptado, mientras que no estar allí significaba ser excluido.

Jesús entró en este mundo y redefinió radicalmente la mesa. Comió con autoridades religiosas como los fariseos, pero aprovechó esas ocasiones para cuestionar el énfasis que ellos ponían en la pureza ritual por encima de la rectitud interior. (Lucas 11:37-41). También desafió las reglas sociales establecidas al comer con cobradores de impuestos, pecadores y personas marginadas (Marcos 2:13-17; Lucas 19:1-10).

Cuando Jesús terminó de hablar, un fariseo lo invitó a comer con él; así que entró en la casa y se sentó a la mesa. Pero el fariseo se sorprendió al ver que Jesús no había cumplido con el rito de lavarse antes de comer.

—Resulta que ustedes los fariseos —les dijo el Señor— limpian el vaso y el plato por fuera, pero por dentro están llenos de robo y de maldad. ¡Necios! ¿Acaso el que hizo lo de afuera no hizo también lo de adentro? Den

más bien a los pobres de lo que está dentro, y así todo quedará limpio para ustedes.
(Lucas 11:37-41)

De nuevo salió Jesús a la orilla del lago. Toda la gente acudía a él y él les enseñaba. Al pasar vio a Leví, hijo de Alfeo, sentado a la mesa de recaudación de impuestos. «Sígueme» —dijo Jesús.

Y Leví se levantó y lo siguió.

Mientras Jesús estaba a la mesa en casa de Leví, muchos recaudadores de impuestos y pecadores comieron con él y sus discípulos, pues ya eran muchos los que lo seguían. Cuando los maestros de la Ley, que eran fariseos, vieron con quién comía, preguntaron a sus discípulos:

—¿Por qué come con recaudadores de impuestos y con pecadores?

Al oír esto, Jesús contestó:

—No son los sanos los que necesitan médico, sino los enfermos. Y yo no he venido a llamar a justos, sino a pecadores.
(Marcos 2:13-17)

En Marcos 2:13-17 Jesús llama a Leví, un cobrador de impuestos despreciado en la sociedad judía por trabajar con Roma y a menudo vinculado con la corrupción. Leví responde de inmediato e invita a Jesús y a sus seguidores a comer con él, organizando un banquete en su casa. Este encuentro escandaliza a los fariseos, quienes ven la comunión en torno a la mesa como una señal de aceptación. A los ojos de los líderes religiosos, la disposición de Jesús a compartir una comida con personas marginadas social y moralmente parecía desdibujar los límites de la santidad. El ejemplo de Jesús se convierte en una parábola viviente del evangelio: un lugar de bienvenida y restauración. La mesa de Jesús era donde los indignos eran invitados a la comunión con Dios.

James A. Brooks, en su comentario sobre el Evangelio de Marcos, señala:

En la sociedad semita la comunión de la mesa era una de las expresiones más íntimas de amistad. Por esta razón, los líderes religiosos no podían entender cómo

Jesús podía ser una persona religiosa y a la vez comer con «malos personajes» . . . El amor de Jesús por toda clase de pecadores, su iniciativa en buscarlos, su plena aceptación y su deseo de tener una comunión cercana con ellos fue un elemento nuevo y revolucionario en la religión y en la moral.⁵

En Lucas 19:1-10 se registra otro evento sorprendente con un jefe de los cobradores de impuestos, Zaqueo.

Llegando al lugar, Jesús miró hacia arriba y le dijo:
–Zaqueo, baja enseguida. Tengo que quedarme hoy en tu casa.
Así que se apresuró a bajar y, muy contento, recibió a Jesús en su casa. Al ver esto, todos empezaron a murmurar: «Ha ido a hospedarse con un pecador». (Lucas 19:5-7)

Mientras estaba en Jericó, Jesús se encuentra con Zaqueo, quien se había enriquecido mediante

una profesión ampliamente despreciada por su asociación con la codicia y la traición a otros judíos. Nuevamente, hospedarse en la casa de alguien significaba compartir su mesa, una señal pública de aceptación y compañerismo. Cuando Jesús se fue con Zaqueo, los líderes religiosos quedaron consternados. Sin embargo, durante esta comida, Zaqueo experimenta una transformación radical. En este momento, el acto mismo de comer se convierte en el espacio donde se extiende la gracia, echa raíces el arrepentimiento y se hace visible la misión de Jesús. La lista de invitados de Jesús era una parábola viva del carácter acogedor del Reino.

El Reino de Dios y los banquetes

Al oír esto, uno de los que estaban sentados a la mesa con Jesús le dijo: —¡Dichoso el que coma en el banquete del reino de Dios!

Jesús contestó:

—Cierta hombre preparó un gran banquete e invitó a muchas personas. A la hora del banquete mandó a su siervo a decirles a los invitados: «Vengan, porque ya todo está listo». Pero todos, sin excepción, comenzaron a disculparse. El primero dijo: «Acabo de comprar un terreno y tengo que ir a verlo. Te ruego que me disculpes». Otro indicó: «Acabo de comprar cinco yuntas de bueyes y voy a probarlas. Te ruego que me disculpes». Y otro alegó: «Acabo de

casarme y por eso no puedo ir». El siervo regresó y le informó de esto a su señor. Entonces el dueño de la casa se enojó y ordenó a su siervo: «Sal de prisa por las plazas y los callejones del pueblo y trae acá a los pobres, a los lisiados, a los ciegos y a los cojos». «Señor –dijo luego el siervo–, ya hice lo que usted me mandó, pero todavía hay lugar». Entonces el señor respondió: «Ve por los caminos y las veredas, y oblígales a entrar para que se llene mi casa. Les digo que ninguno de aquellos invitados disfrutará de mi banquete». (Lucas 14:15-24)

Las Escrituras contienen muchos ejemplos que representan al Reino de Dios como un banquete: un lugar abundante de provisión, gozo y comunión genuina en la presencia de Dios. Un ejemplo aparece en Lucas 14:15-24, donde Jesús enseña la parábola del gran banquete.

Recibir una invitación a un banquete era un gran honor y significaba aceptación dentro de una comunidad o relación particular. La imagen del

banquete en Lucas 14 deja claro que la salvación es más que tener una posición legal ante Dios; también se trata de ser aceptado en Su comunión y vivir en una comunidad que ha sido restaurada.

Joel Green, un erudito del Nuevo Testamento, explica:

[Jesús] ha invitado a quienes no pueden pagarle, de quienes no tiene nada que ganar en términos de prestigio o beneficio económico. Ha participado en la creación de un nuevo orden social en el que las barreras que normalmente separan a personas como él de personas como ellos dejan de tener relevancia. Él inicia una nueva comunidad fundamentada en una hospitalidad generosa y desinteresada.⁶

En el Reino de Dios la salvación es como ser recibido en una comunidad amorosa donde todos son aceptados, los muros entre las personas desaparecen y la bondad se comparte libremente.

El Pan de Vida y la Última Cena

La cena del Séder es un banquete ritual que ocupa un lugar central en la celebración judía de la Pascua y conmemora el éxodo de Egipto. Es una comida altamente estructurada, con alimentos simbólicos y lecturas de la «Hagadá», una porción recitada del texto del relato del Éxodo. Cuando Jesús compartió la Última Cena con sus discípulos antes de la crucifixión, fue una comida simbólica. Tal como los judíos conmemoraban la liberación de Dios de la esclavitud en Egipto, los seguidores de Jesús deben recordar la obra de Cristo, quien redimió a Su pueblo de la esclavitud del pecado:

También tomó pan y, después de dar gracias, lo partió, se lo dio a ellos y dijo:

–Esto es mi cuerpo, entregado por ustedes; hagan esto en memoria de mí.

De la misma manera, tomó la copa después de cenar y dijo:

–Esta copa es el nuevo pacto en mi sangre, que es derramada por ustedes.

(Lucas 22:19-20)

En este momento, Jesús toma una comida normal y la convierte en una ceremonia para un nuevo pacto. El pan y el vino se convierten en símbolos de Su obra redentora, en lugar de mero alimento. Jesús da sus instrucciones de comer y beber en Su memoria dentro del contexto de la actividad humana más fundamental: comer. Y el simbolismo es rico y conmovedor:

- La copa representa Su sangre, que se usó para asegurar el perdón de los pecados y el establecimiento de un nuevo pacto.
- El pan representa Su cuerpo, que fue quebrantado como sacrificio por nuestra salvación.

La mesa se convierte en un lugar sagrado donde se recibe la gracia de Dios. Al participar de la Cena del Señor los creyentes sostienen ante esa comunidad el relato de la redención y lo escenifican.

Visión profética

En Lucas 13:29, Jesús dice, «Porque vendrán del oriente y del occidente, del norte y del sur, y se

sentarán a la mesa en el reino de Dios» (RVR1960). Este comentario dramático se basa en la creencia judía de un futuro banquete mesiánico, cuando el reinado de Dios esté plenamente establecido y Su pueblo celebre en Su presencia.

«Sentarse a la mesa» era compartir una comunión íntima y gozosa. Jesús está diciendo que el banquete del Reino será para personas no solo de Israel, sino de todas partes del mundo. Algunos líderes religiosos pensaban que solo quienes reunían ciertos requisitos étnicos o religiosos tendrían un lugar a la mesa. Jesús aclaró cuál era el verdadero requisito para sentarse a la mesa.

La imagen de la comida presenta el Reino como un lugar de abundancia, bienvenida y comunión con Dios, evocando las visiones del Antiguo Testamento en Isaías 25:6-9:

Sobre este monte el Señor de los Ejércitos
preparará para todos los pueblos
un banquete de manjares especiales.
Un banquete de vinos añejos,

las mejores carnes y vinos selectos.
Sobre este monte rasgará
el velo que cubre a todos los pueblos,
el manto que envuelve a todas las naciones.
Devorará a la muerte para siempre.
El Señor y Dios enjugará las lágrimas
de todo rostro
y quitará de toda la tierra
la deshonra de su pueblo.
El Señor mismo lo ha dicho.
En aquel día se dirá:
«¡Sí, este es nuestro Dios;
en él confiamos y él nos salvó!
¡Este es el Señor, en él hemos confiado;
regocijémonos y alegrémonos en su
salvación!».

Isaías presenta una visión profética del futuro banquete mesiánico, retratando el Reino de Dios como un banquete espléndido de gozo, victoria y comunión. Este banquete representa el momento en que Dios elimina «el velo que cubre a todos los pueblos, el manto que envuelve a todas las naciones» (v. 7), una imagen del

poder de la muerte y de la separación de Él. En una extraordinaria promesa, Dios «devorará a la muerte para siempre» y «enjugará las lágrimas de todo rostro». El pasaje concluye con un clamor de adoración.

Esta escena del banquete se convierte en un trasfondo fundamental para las enseñanzas de Jesús acerca del Reino, donde comer juntos simboliza restauración y gozo eterno y encuentra su cumplimiento definitivo en la visión que presenta el Nuevo Testamento de la cena de las bodas del Cordero en Apocalipsis:

Después oí voces como el rumor de una inmensa multitud, como el ruido de muchas aguas y como el retumbar de potentes truenos, que exclamaban:

«¡Aleluya!

Ya ha comenzado a reinar el Señor,
nuestro Dios Todopoderoso.

¡Alegrémonos y regocijémonos
y démosle gloria!

Ya ha llegado el día de las bodas del Cordero.

Su novia se ha preparado
y se le ha concedido vestirse
de tela de lino fino, limpio y
resplandeciente».

(El lino fino representa las acciones justas de los creyentes).

El ángel me dijo: «Escribe: "¡Dichosos los que han sido convidados a la cena de las bodas del Cordero!"». Y añadió: «Estas son las palabras verdaderas de Dios»
(Apocalipsis 19:6-9)

Este pasaje de Apocalipsis describe el gozoso final del plan de salvación de Dios. El cumplimiento último de un gran banquete en el cielo es la celebración de la unión de Jesús con Su pueblo, la Iglesia. Esta imagen se basa en las costumbres judías relacionadas con el matrimonio y en el modelo bíblico de una comida especial que sella un pacto. En la antigüedad, el banquete de

bodas era la celebración más alegre y grandiosa de la comunidad. Expresaba amor, entrega y la unión de dos vidas. La Iglesia es la novia en esta escena. Viste de lino resplandeciente y limpio, que representa la justicia que Dios le ha dado por medio de Cristo.

Craig Keener, un erudito del Nuevo Testamento señala:

[Este pasaje] promete una intimidad más profunda con Dios en una unión permanente como el matrimonio (19:7). En la medida en que las comidas de Jesús con los pecadores eran un anticipo del banquete mesiánico, quienes ahora tienen comunión con él (ver 3:20) experimentan un anticipo de la bendición futura.⁷

El banquete es una parte clave de esta imagen. Refleja la abundancia y el gozo de estar con Dios. En Isaías 25:6-9, Dios prepara un banquete espléndido para todos. En las enseñanzas de Jesús, donde el Reino de Dios es como un

banquete de bodas (Mateo 22; Lucas 14), esto no es solo un símbolo; sino una imagen real de intimidad y comunión. En esta celebración final, Dios y Su pueblo se sentarán juntos, sin que nada ni nadie se interponga entre ellos. Se regocijarán de que Dios ha vencido la muerte, el pecado y todo obstáculo. Las acciones justas del pueblo de Dios son como las finas vestiduras de la novia, preparándonos para esta cercanía futura con Él. El banquete es la consumación de la historia de la redención. Cada comida del pacto, desde la Pascua en Egipto hasta la Cena del Señor en el Aposento Alto, apunta hacia esta mesa eterna. En el banquete de bodas, comer se convierte en la manera en que el pueblo de Dios no solo recuerda lo que Él hizo para salvarlos, sino que también entra plenamente en Su deleite para siempre.

Los símbolos de la mesa de la Iglesia

Después de Su resurrección, Jesús continuó revelándose al partir el pan. En el camino a Emaús, dos hombres al principio no lo reconocieron, pero después de una larga conversación, a la mesa

durante la cena, mientras Jesús partía el pan con ellos, se les abrieron los ojos y lo reconocieron (Lucas 24:30-31).

En Jerusalén Jesús se apareció a los discípulos, quienes estaban turbados y llenos de dudas. Cuando reconocieron al Jesús resucitado, se llenaron de gozo y se maravillaron. En medio de esto, Jesús se tomó el tiempo de preparar pescado asado ante ellos (Lucas 24:42-43).

Junto al mar de Galilea Jesús usó el pescado que los discípulos habían atrapado y lo asó sobre brasas. Literalmente, preparó el desayuno a Sus discípulos. Luego, después de que terminaron de desayunar, Jesús restauró a Pedro y le encomendó: «alimenta a mis corderos» (Juan 21:1-19, NTV).

Shabat, Hechos 2 y sus implicaciones para hoy

Se mantenían firmes en la enseñanza de los apóstoles, en la comunión, en el partimiento del pan y en la oración. (Hechos 2:42)

La iglesia primitiva modeló su vida según estas

prácticas, dedicándose «al partimiento del pan». Las comidas eran la expresión de la eucaristía, «acción de gracias» y «bendición», y «el partimiento del pan» era recordado como una práctica central de la primera comunidad de Jerusalén. Estas comidas se llamaban «comidas ágapes». ⁸ Esa comunidad se formó por el derramamiento del Espíritu Santo en Pentecostés e incluía a muchos judíos y prosélitos que ya se encontraban en Jerusalén para la fiesta. Las comidas compartidas eran habituales durante las festividades judías y el Shabat, pero en Hechos 2 se convierten tanto en una continuidad de los ritmos del Shabat de Israel como en un nuevo símbolo, lleno del Espíritu, de un pueblo renovado, judíos y no judíos que comparten su tiempo, sus hogares, sus bienes y sus alimentos en el nombre de Jesús. Por eso Hechos 2:42 muestra la nueva familia de Dios que el Espíritu reunió.

—Aquí tienen a mi madre y a mis hermanos.
Cualquiera que hace la voluntad de mi
Padre que está en los cielos es mi hermano,
mi hermana y mi madre. (Mateo 12:49-50;
ver también Marcos 3:31-35)

En los Evangelios, Jesús redefinió el significado de la familia al trasladar la lealtad del linaje a la obediencia. En una cultura en la que los lazos familiares étnicos brindaban a las personas un sentido de identidad y seguridad, Él formó una nueva familia basada en escuchar y poner en práctica la Palabra de Dios. Los primeros cristianos experimentaron esta vida de familia espiritual llamándose unos a otros hermanos y hermanas, compartiendo lo que tenían y comiendo juntos. En resumen, la familia es la comunidad de quienes hacen la voluntad de Dios, con Jesús en el centro. Y hacer la voluntad de Dios comienza por escuchar juntos la Palabra de Dios.

Las familias judías aún celebran las comidas de Shabat, arraigadas en el mandato de Dios: se reúnen en el hogar, encienden las velas, pronuncian bendiciones sobre el vino, comparten dos panes de jalá y recitan las Escrituras. Es un tiempo apartado intencionalmente para desconectarse de las preocupaciones del mundo y enfocarse en lo que realmente importa.

Esta antigua tradición nos permite vislumbrar cómo era probablemente la vida que Jesús vivía alrededor de la mesa. La iglesia primitiva sostuvo este ritmo y lo amplió al recibir a personas de todas las naciones. Judíos y gentiles, hombres, mujeres y niños, esclavos y amos, todos se sentaban a la misma mesa como una sola familia en Cristo. La mesa compartida marcó un cambio radical frente a las rígidas jerarquías del mundo grecorromano. Mostraba que las personas ahora eran definidas por su relación con Jesús y no por su posición social.

Esto sigue siendo un modelo poderoso hoy: comer juntos, escuchar juntos las Escrituras y convertirse en familia en Cristo, una comunidad guiada por la Palabra de Dios y moldeada por ella alrededor de la mesa. La hospitalidad a través de comidas compartidas y la escucha de la Palabra de Dios nunca debieron separarse. Una comida abre corazones, hace espacio para relaciones reales y prepara a la comunidad para escuchar la Palabra con mente abierta. La mesa y las Escrituras son ambos dones de Dios que nos ayudan a vivir Su Reino.

Según Peterson:

La comida sigue siendo una condición principal en la que podemos, si así lo queremos, mantenernos estrechamente conectados con la historia y participar en la dinámica eucarística de la salvación a lo largo de la historia. Pero, ante la erosión generalizada y sutil de la hospitalidad, necesitamos ser más deliberados e intencionales en su práctica.⁹

La reflexión de Peterson es práctica. En una época marcada por la prisa, el aislamiento y una cultura transaccional, anima a los creyentes a bajar el ritmo, escuchar a los demás y servirlos por medio de la hospitalidad. Cristo está siempre presente cuando las personas escuchan juntas las Escrituras.

Así que la hospitalidad es más que una sonrisa cálida o buena comida; es el acto intencional de servir y recibir al pueblo de Dios. La mesa es un lugar donde se construye confianza y se forjan

amistades desde tiempos antiguos. Dios recibe al extraño y da descanso al cansado. De esto se trata brindar hospitalidad en las reuniones de LPB. Cada asiento en la mesa se convierte en una oportunidad de reflejar la gracia de Cristo, quien nos recibió en Su comunión cuando no teníamos nada que ofrecer.

En una cultura marcada por un ritmo de vida ajetreado, comer juntos y escuchar la Palabra de Dios son prácticas contraculturales y transformadoras. Al participar en estas prácticas bíblicas, ofrecemos un anticipo del gran banquete que vendrá, cuando todo el pueblo de Dios se reúna en Su mesa, se deleite en Su bondad y escuche Su voz por la eternidad.

Isaías escribió acerca de esto, mostrando el corazón de Dios hacia su pueblo.

«¡Vengan a las aguas
todos los que tengan sed!
¡Vengan a comprar y a comer
los que no tengan dinero!

Vengan, compren vino y leche
sin pago alguno.
¿Por qué gastan dinero en lo que no es pan
y su salario en lo que no satisface?
Escúchenme bien: comerán lo que es bueno
y se deleitarán con manjares deliciosos.
Presten atención y vengan a mí,
escúchenme y vivirán.
Haré con ustedes un pacto eterno,
conforme a mi inquebrantable amor por
David.
Lo he puesto como testigo para los pueblos,
como su gobernante supremo.
Sin duda convocarás a naciones que no
conocías
y naciones que no te conocían correrán
hacia ti,
gracias al Señor tu Dios,
el Santo de Israel,
que te ha colmado de honor».
Busquen al Señor mientras se deje
encontrar,
llámenlo mientras esté cercano.

Que abandone el malvado su camino
y el perverso sus pensamientos.
Que se vuelva al Señor, a nuestro Dios,
que es generoso para perdonar
y de él recibirá compasión.
«Porque mis pensamientos no son los de
ustedes
ni sus caminos son los míos»,
afirma el Señor.
«Mis caminos y mis pensamientos
son más altos que los de ustedes;
¡más altos que los cielos sobre la tierra!
Así como la lluvia y la nieve
descienden del cielo,
y no vuelven allá sin regar antes la tierra
y hacerla fecundar y germinar
para que dé semilla al que siembra
y pan al que come,
así es también la palabra que sale de mi
boca:
No volverá a mí vacía,
sino que hará lo que yo deseo
y cumplirá con mis propósitos.

Ustedes saldrán con alegría
y serán guiados en paz.
A su paso, las montañas y las colinas
prorrumpirán en gritos de júbilo
y aplaudirán todos los árboles del bosque.
En vez de zarzas, crecerán cipreses;
mirtos, en lugar de ortigas.
Esto dará renombre al Señor;
será una señal
que durará para siempre». (Isaías 55:1-13)

Este capítulo es la invitación abierta de Dios a un banquete gratuito del pacto: «¡Vengan a las aguas todos los que tengan sed ... ¡Vengan a comprar ... los que no tengan dinero!» (v. 1). Es una imagen de gracia ofrecida a Judá en el exilio, cerca del final del cautiverio babilónico. El capítulo viene después de Isaías 53, que trata sobre el acto expiatorio del Siervo, e Isaías 54, que trata sobre la restauración de Sión. Los historiadores judíos y cristianos discrepan sobre quién es «el Siervo» y qué significa «Sión», pero el capítulo termina con la promesa de Dios: «convocarás a naciones que no conocías y naciones que no te conocían correrán

hacia ti» (v. 5). Lo correcto es que «busquen al SEÑOR» (v. 6) y «que se vuelvan al SEÑOR» (v. 7); entonces puedes tener la certeza de que «la palabra que sale de mi boca: No volverá a mí vacía» (v. 11).

Todo esto se despliega en el marco de un banquete: «Escúchenme bien: comerán lo que es bueno y se deleitarán con manjares deliciosos» (v. 2). El resultado es un nuevo éxodo, la obra salvadora de Dios, marcada por gozo y paz, con la creación misma uniéndose a la celebración: «las montañas y las colinas prorrumpirán en gritos de júbilo y aplaudirán todos los árboles del bosque» (v. 12).

A través de la Lectura Pública de la Biblia aprendemos a participar juntos del banquete. Es unirnos como un solo cuerpo al llamado de Isaías a «escuchar atentamente» y recibir la Palabra que nos nutre. Y cuando esa escucha compartida se une a la mesa compartida, oír se convierte en saborear. Es una invitación a «venir, comer y vivir».

Notas finales

¹ Eugene H. Peterson, *Christ Plays in Ten Thousand Places: A Conversation in Spiritual Theology* (Grand Rapids, MI: Wm. B. Eerdmans, 2005), 215.

² Todas las citas bíblicas son tomadas de la Nueva Versión Internacional® NVI®, © 1999 por Bíblica, Inc.® Usadas con permiso. Todos los derechos reservados en todo el mundo.

³ Peter Enns, *Exodus*, The NIV Application Commentary (Grand Rapids, MI: Zondervan, 2000), 496.

⁴ Leon Kass, *The Hungry Soul: Eating and the Perfecting of Our Nature* (Chicago: University of Chicago Press, 1994), 197.

⁵ James A. Brooks, *Mark*, vol. 23 de The New American Commentary (Nashville: Broadman & Holman Publishers, 1991), 62–63.

⁶ Joel B. Green, *The Gospel of Luke*, New International Commentary on the New Testament (Grand Rapids, MI: Eerdmans, 1997), 562.

⁷ Craig S. Keener, *Revelation*, The NIV Application Commentary, vol. 20 (Grand Rapids, MI: Zondervan, 2000), 459.

⁸ Andrew B. McGowan, *Ancient Christian Worship: Early Church Practices in Social, Historical, and Theological Perspective* (Grand Rapids, MI: Baker Academic, 2014), 33–45.

⁹ Peterson, *Christ Plays in Ten Thousand Places: A Conversation in Spiritual Theology*, 216.

Notas

Notas



Lectura
Pública
de la Biblia

lecturapublicadelabiblia.org



Audio de la
Biblia Gratis